

JOSÉ PABLO FEINMANN

La sombra de Heidegger



En una carta dramática y final, Dieter Müller le cuenta a su hijo cómo Martin Heidegger, el mayor filósofo del siglo XX, se convirtió en maestro de toda una generación; cómo, en 1933, con el nacionalsocialismo triunfante y el respaldo de las SA, Heidegger asume el rectorado de la Universidad de Friburgo y los convoca a la lucha por la grandeza perdida de Alemania. Cuando finalmente Alemania es derrotada, Dieter se exilia en la Argentina. Prefiere pensar que las noticias de horribles matanzas, campos de concentración, cámaras de gas, son versiones triunfalistas de los aliados, hasta que descubre que él, como Heidegger y todos sus compañeros, han sido cómplices del horror infinito: de la «solución final». La llamada filosófica hecha a los estudiantes coincidió con aquello que después se les exigió como oficiales. Años después, el hijo de Dieter, Martin, va en busca de Heidegger para pedirle una explicación por la tragedia de su padre. Esa explicación se transforma en la meta de su vida, su sentido. Con una voz narradora de una transparencia y pasión inigualables, José Pablo Feinmann ha escrito una novela deslumbrante que desentraña la relación de los intelectuales con el poder y pone al descubierto la ambigüedad de las verdades absolutas, la racionalidad del horror y el engaño de la inteligencia. El tono sombrío se cierne sobre la trama: La sombra de Heidegger es una novela filosófica que se lee como un *thriller* escalofriante.

A Marta Julia Bertotto, porque aun el día en que el desierto, que no ha cesado de crecer, lo cubra, por fin, todo, ella todavía sabrá, milagrosamente, imaginar un oasis, no como morada final, sino como punto de partida, nuevo.

Entonces, justamente entonces, volverán a atravesar todo este aquellarre, como fantasmas, las preguntas: ¿para qué? –¿hacia dónde?– ¿y después qué?

HEIDEGGER

DER SPIEGEL: Su obra filosófica está un tanto ensombrecida por ciertos sucesos de su vida, que no duraron mucho y que nunca han sido aclarados, bien porque ha sido usted demasiado orgulloso, bien porque no ha creído conveniente pronunciarse sobre ellos.

HEIDEGGER: ¿Se refiere a 1933?

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte...!

SARMIENTO

(Uno)

CARTA DEL PADRE

En Friburgo, en 1928, conocí a Heidegger. Conocía su nombre, su fama, sus escritos, su voz. Había asistido tempranamente a sus cursos en Marburgo. No lo conocía –según suele decirse– en persona. No sé si alguna vez lo hice, pese a la cercanía de nuestras vidas. Pude verlo, escucharlo y hasta intercambiar frases con él. Sin embargo, ¿alguien puede conocer lo absoluto?

Nada podrá transmitirme el embrujo, el éxtasis reflexivo (sé los riesgos de esta frase: ¿hay un éxtasis del pensamiento?), la fiesta de la inteligencia que provocó, en mí, su aparición. Ya no creíamos mucho en la filosofía durante esos años. Nos llegaban las aguas finales de un neokantismo turbio, viejo. O los vientos helados de las corrientes matemáticas, tan caras a los herederos del empirismo inglés. O la potencia de Husserl, el más grande y reciente de nuestros filósofos, que, no obstante, era insuficiente para agitar nuestros espíritus con la violencia necesaria para arrancarnos de la decadencia, de los humores opacos de la derrota. Heidegger fue lo nuevo. Y lo nuevo siempre tiene la furia de los huracanes, y el dolor de la devastación. Nadie lo dijo como él. Nadie lo dijo como él lo dijo al cerrar su *Discurso del Rectorado*. Nadie como cuando él dijo: «Todo lo grande está en medio de la tempestad». Y nosotros elevamos nuestros brazos jubilosos y aclamamos –glorificándolo– al Maestro de Alemania.

Quiero, ya, que sepas algo, quiero establecerlo desde el inicio: tu padre, Dieter Müller, fue nacionalsocialista y

fue profesor en Friburgo durante largos años. Quiero también confesar (aunque esto en nada deberá disminuir mi responsabilidad ante los hechos) que me hice nacionalsocialista por Heidegger, que no lo había sido hasta escuchar, en 1933, su *Discurso del Rectorado*, y que acaso jamás lo habría sido si ese discurso no hubiese sido dicho. Dicho por quien lo dijo, del modo en que lo dijo, con la autoridad con que lo dijo. Dicho por Martin Heidegger, desde la plenitud inabarcable de su genio filosófico. Naciste en 1934 y fue por él que tu nombre es Martin.

Los días de Marburgo (días que elegiré llamar los «anteriores a *Ser y tiempo*»), libro que cambió mi vida y que, posiblemente, me lleve a destruirla) tuvieron la intensidad de un tiempo premonitorio. Todos hablábamos de Heidegger. Asistíamos a sus clases. Discutíamos sus ideas. Éramos jóvenes y también lo era él, nuestro Maestro. Mi amigo del alma era Rainer Minder. Te hablaré de él. Había ido más allá que nosotros en su acercamiento al nacionalsocialismo. Tenía contactos con las SA de Rohm y hablaba con fervor (aunque su fervor no devoraba su temperamento reflexivo) de la figura que agitaba Alemania durante esos días. No necesito decirte su nombre. Sólo bastará señalar que ese hombre corporalmente pequeño pero titánico, esa pura fuerza de la naturaleza arrastraba a Alemania hacia el encuentro con su grandeza perdida. Él se atrevía a decir lo que todos sabíamos: los guerreros de 1914 habían sido traicionados por los socialdemócratas, por los mercaderes cobardes de 1918 que se rindieron sin pelear hasta el fin, sin decidirse a asumir un triunfo que debió ser nuestro. Alemania, hijo, no perdió esa guerra. La perdieron los políticos, los banqueros, los traidores. Hitler era el regreso del orgullo de la nación. Con él, Alemania volvía a ocupar el centro de Occidente, su destino filosófico. Si en algún lugar podía revivir la gloria de Atenas era entre no-

sotros. Esa bandera era la que ahora debíamos tener el coraje de levantar, esgrimir. Sin embargo, me adelanto.

En Marburgo era Rainer Minder quien pensaba estas cosas. Yo, temeroso, lo escuchaba y demoraba mi decisión. Secretamente (creo) ya estaba tomada, pero todavía dudaba de hacerla pública; ni siquiera, hijo, ante mí. Uno teme arrojarse a los abismos o escalar las cimas. Aquí, se trataba de la cima. De trepar hasta las cumbres más altas de la espiritualidad alemana y su misión irrenunciable: defender la permanencia del espíritu de Occidente, su centralidad. Su espacio abierto por la batalla; su voluntad incontenible, en permanente expansión guerrera.

Nos reuníamos en casa de una joven estudiante, bella, de tez algo oscura y ojos aún más oscuros que solían brillar de modo arrasador. Era su inteligencia lo que arrasaba, era su pasión y un arrojo a la vida que sólo podía explicarse si uno comprendía y aceptaba –dado que no cabía otra explicación– que habitaba en ella una sed que jamás saciaría, de la que no habría de librarse nunca y cuyo poder era incierto y temible: un *pathos* que podría tanto aniquilarla como darle un sentido trascendente a cada uno de sus días. Vivía, ella, en los bordes. Se llamaba Hannah y fue Rainer quien me me impuso su presencia, que acepté gozoso.

Hannah tenía un secreto. Eso que suele llamarse un secreto a voces. Nuestro egregio Maestro había depositado, codiciándola, sus ojos en ella. No era sorprendente esta actitud del Maestro. Solía entregarse a amores clandestinos sin incomodidad considerable. Rainer –que fue el que me relató estos hechos– aceptaba sin estrépito estas sinuosidades. Lamentaba que la mayoría de las elegidas fueran judías. O tal vez se sorprendiera de ello. Ya que, al ser la esposa de Heidegger una inocultable antisemita (inocultable, ante todo, porque ella no ocultaba ese odio),

conjeturaba, Rainer, que su odio habría de aumentar *ad infinitum* al descubrir que el Maestro sostenía amores a sus espaldas y a espaldas, también, de sus convicciones. O sea, con judías. Rainer, durante esos días de Marburgo, era comprensivo y cálido con los judíos, sobre todo con los judíos como Hannah, a quienes consideraba *alemanes*, judíos asimilados a nuestra *Kultur*, judíos que merecían formar parte de ella por haberla enriquecido. Sospechaba, yo, que Rainer quería sobre todo no establecer distancias con Hannah, a quien admiraba y deseaba. Me dijo, cierta vez, que vivía enamorado de ella. Y me fue inevitable inferir que deseaba quitársela al *Profesor* o, al menos, compartirla con él, excelso modo de recibir, por medio de Hannah, todo cuanto de Heidegger había en ella. De aquí que fuera arduo resolver si Rainer amaba a Hannah o a Heidegger, a quien amábamos todos, aunque sin la osadía, propia de un hombre del temple de Rainer, de perseverar por arrebatarle una de sus «margaritas judías». Como fuere, Hannah intimó con Rainer y le habló largamente de sus amores con el *Profesor*. Rainer, luego, me narró esas historias –con una tonalidad sombría o abiertamente torturada– que despertaron en mí sólo dudas, tristezas o, más grave aún, presunciones alarmantes sobre su salud mental.

Hannah nunca me confió nada. Sólo, día tras día, la tristeza fue ganando sus ojos, apagando su brillo, enturbiándolos.

En 1927 apareció *Ser y tiempo*. Dedicué un año a estudiarlo.

El genio de Hegel, cuando tempranamente leí la *Fenomenología del Espíritu*, me había deslumbrado.

El de Heidegger me encegueció.

No sé si elegirás la filosofía como destino. No sé si te destinarás a ella. Eres, todavía, muy joven y, aunque descubro en tus palabras o en los conceptos que a veces, en sus momentos más luminosos, asoman en ellas, el genio que justificaría una entrega al saber de los saberes, ese genio es errático en ti, elusivo, se muestra y se oculta. Ignoro, por otro lado, si ambicionarte un destino filosófico. Yo tuve uno y no creo que me haya arrojado en brazos de la alegría. ¿Sería justo, no obstante, culpar a la filosofía por la impiedad de los tiempos? ¿Fue ella o fueron las asperezas de la historia las que me destinaron a escribirte esta carta, estas confesiones sin esperanzas?

Del modo que sea, no puedo evitarte la condena de un mandato. No transcurras por este mundo, no vivas tu vida sin leer *Ser y tiempo*. Este mandato se basa en uno mío y no debiera ser transferible. No puedo evitarlo. Intentaré narrarte el origen de mi mandato y el poder que tuvo para mí. Poder tan poderoso, hijo, que me condena a la insensatez de exigirte (¿o acaso es otra cosa el pedido de un padre?) la lectura de ese libro de escritura árida, desbordante de neologismos y opulencias que, necesariamente, despiertan en el lector la certeza de sus propios límites, el vértigo desesperado de sus insuficiencias. Acaso la filosofía sea *también* eso. Acaso Heidegger, su grandeza, sea *también* eso: la certidumbre de no alcanzarlo jamás, el espectáculo de una mente inaccesible, el dolor de ver la cumbre, la real posibilidad de su existencia, y el tormento de nunca llegar a ella, porque sólo uno podía, y ése era él. Un industrial del acero, un hombre poderoso, aristocrático, que alimentaba las industrias de guerra del Reich, solía sentarse en las butacas traseras del auditorio en que el Maestro dictaba sus clases. Cierta vez le oí decir: «¡Dios mío! No entiendo nada. Pero, ¡esto es filosofía!».

Rainer odiaba el desquicio de la República de Weimar. Odiaba a sus políticos corruptos y mediocres, a sus sindicatos en manos del bolchevismo, a los financieros ju-

díos y a esa turbia ausencia de identidad, a ese cosmopolitismo obscuro. Había que volver a la tierra y a la sangre, decía. Y siempre que hablaba de la urbe contaminada, del hacinamiento, de la peste, de la inautenticidad, del espacio en que el Ser era olvidado y los hombres se entregaban a la lujuria de los entes bajo la modalidad del dinero y el sexo, una palabra, la palabra que señalaba una ciudad, salía de su boca con la violencia de un escupitajo: Berlín.

Yo no conocía Berlín.

Rainer me llevó y no se privó de decir que ese viaje sería un viaje a las entrañas del Infierno. Nada sabía —y esta situación ya llevaba dos años— de Hannah. Supo, y me contó, que el *Profesor* se la había «quitado de encima» derivándola a estudiar con Jaspers. Actitud que había determinado, para mi amigo, un tormento inesperado: no verla más. Sólo una vez, masticando con rabia sus palabras, me confesó que habría de buscarla. Que, dijo, «esa judía» no se le habría de escapar. A esta altura no me sorprendió el espesor más que desdeñoso con que Rainer dijo «esa judía». La ausencia o la huida o el abandono de Hannah detonó en él una presencia interior sofocada: su antisemitismo. Odiaba, como todos sus camaradas de las SA, a los judíos. Yo no compartía ese odio.

Llegamos a Berlín en un invierno helado, tal vez cruel. Nunca, sin embargo, tan cruel ni temible como los tumultos que sacudían la ciudad. Berlín era una geografía helada pero, antes que eso, mucho más que eso, era un hervidero de pasiones desmedidas, de presagios. Este ardor aniquilaba el frío, era el ardor del odio y ya quemaba. Rainer me habló de infinitas cosas, pero, de a poco, su repugnancia, su odio por el cosmopolitismo decadente, se concentró en un *antro*, esta palabra usó, de diversión nocturna, un engendro berlinés que resumía todas las bajezas de la democracia, del parlamentarismo socialdemócrata, del cosmopolitismo judío, de la decadencia afrancesada (el «inmundo», dijo, «espíritu de Baudelaire, ese enemigo

espiritual de Hölderlin») y la opulencia de la vieja aristocracia germana, alcoholizada hasta la imbecilidad o la demencia, estragada por los vicios de la derrota. Esa creación pestilente, demoníaca, dijo, era el *Cabaret*. La misma noche en que llegamos decidió llevarme al peor de todos. Al *Kit Kat Club*, cuyo repugnante presentador, un *clown* tal vez patético pero –igualmente– la encarnación de la pesadilla y la imposibilidad de la Alemania auténtica, saludaba al público, no en alemán, sino en tres idiomas: *Willkommen, Bienvenu, Welcome*. ¿Te das cuenta, Dieter?, decía Rainer. En el país en que se habla la lengua de Hölderlin, de Hegel, de Nietzsche, en este país, este imbécil dice *bienvenu* y *welcome*, habla el idioma de la Francia decadente y del mercantilismo judeo-norteamericano.

Esa noche, fuimos.

Antes de entrar, o en camino, agregó: «Para colmo, tienen una prostituta que canta y baila con impudicia sin límites. Y es norteamericana, Dieter. ¿Lo ves? Pura mierda cosmopolita». Entramos.

Ella tenía grandes ojos redondos y negros, pestañas desmedidas y miraba como si un asombro perpetuo la dominara. Sus movimientos eran procaces, su ropa exigua, cantaba en un inglés rústico al que añadía, buscando la complicidad del público, palabras en alemán. A mí me pareció bonita, graciosa, pero decididamente insultante, o, peor aún, blasfema. Rainer vestía el uniforme de las SA. Yo lo escuchaba respirar con una sonoridad rabiosa y hasta me llegaba el sudor caliente que exhalaba, como si estuviera a punto de explotar. Cosa que sucedió no bien la Srta. Bowles –tal era su nombre: Sally Bowles– y el repugnante Maestro de Ceremonias cantaron y bailaron juntos una canción que celebraba al dinero como el espíritu dinámico del mundo. Era un himno al materialismo, a la voracidad semita de riquezas, al capitalismo sin patria, a las miserias del modernismo. Repetían la palabra *dinero* muchas, demasiadas veces. Y concluían, gozosos, aseveran-

do que el dinero es lo que mueve al mundo. Rainer no les permitió terminar. Se puso de pie y les gritó los improperios que él, un patriota de nuestro renacimiento alemán, un enemigo del monetarismo judío, un hombre de la tierra y de la sangre y no de la cultura urbana y mercantil, debía gritarles. Fue devastador. La Srta. Bowles y su *clown* repugnante dejaron de bailar, de cantar. Algunos parroquianos nos gritaron insultos previsibles. Otros nos apoyaron. Hubo golpes de puño, escupitajos, sillas rotas, y todo se redujo a un silencio helado y hasta terrorífico cuando Rainer sacó su pistola y tiró dos o tres tiros al aire y bramó que los próximos buscarían el corazón podrido de los podridos clientes de ese lugar infernal. Buscamos la salida. Seguí a Rainer y, antes de salir por completo, eché una mirada por sobre mi hombro, hacia el escenario, donde aún estaba la Srta. Bowles. La vi desplomada sobre una silla y lloraba ruidosamente y el maquillaje de sus grandes pestañas marcaba surcos negros en su cara y sus ojos habían trocado el asombro por el miedo. Juré visitarla al día siguiente.

Así lo hice. Insólitamente, le pedí disculpas por la actitud de mi compañero. Insólitamente, ella las aceptó, bebimos un par de cervezas y, más insólitamente aún, me narró historias de su vida, sórdidas algunas; menos sórdidas y hasta luminosas o divertidas, otras.

Le aconsejé que abandonara Berlín.

Rainer volvió feliz a Marburgo. Nosotros somos hombres de provincia, dijo, de la tierra, no somos, por desdicha, campesinos pero no seremos verdaderos alemanes si no leemos en el alma de nuestros campesinos, si no aprendemos de ellos. La patria es la tierra y nuestra sangre sólo será alemana si se derrama para defenderla. Estas frases las escuchaba de Ernst Rohm, el Führer de las SA, a quien, poco a poco, pero sin desmayo, se fue acercando; tanto, que se le hizo indispensable. Cierta día, un hervor de palabras desquiciadas me golpearon como azotes. Fue

Rainer quien las dijo y las dijo en una cervecería a la que solíamos acudir para hablar de cuestiones filosóficas, no de desvaríos pasionales. No sé si estaba borracho, no sé si necesitaba estarlo. No sé, sobre todo, qué tipo de borrachera lo poseía. Me dijo que Heidegger se había acercado a Rohm. Que era uno de ellos. Que ellos lo llevarían al Rectorado de Friburgo. Que Hitler (dijo, para mi asombro infinito y para mi terror o mi extravío) no duraría mucho. Que era necesaria una segunda revolución. Una revolución dentro de la revolución. Que Hitler cedía demasiado ante los aristócratas del acero. Ante la gloria decadente del decadente Ejército alemán. Que ellos eran el nuevo Ejército. Que Rohm sería el Führer y Heidegger el Führer filosófico de la nueva etapa de la revolución: la etapa socialista, dijo. Le dije («me permito recordarte», así empecé) que la revolución nacionalsocialista se había hecho para impedir el avance de la ola roja sobre Alemania. Me dijo («me permito recordarte», dijo también) que el único modo de aniquilar la ola roja es destruir a nuestra podrida burguesía. Si los dejamos, ellos van a frenar, no lo dudes, la ola roja, pero de otro modo, del único que formidablemente saben: seduciéndolos, metiéndolos como socios menores en el alma de Alemania. No vamos a permitirlo. Si la nación es nuestra, también lo será el socialismo. Hay que destruir al ejército y a la aristocracia del capital, a los señores del acero. Somos muchos, se ufano, crecemos jóvenes, incontenibles. Rohm y Heidegger ya se reunieron. El *Profesor* está con nosotros y pronto, con nosotros también, será *Rektor* de Friburgo. Encendió una pipa opulenta, la hizo humear con la tersura, con el misterio de una niebla matutina, una niebla del Rin. Entonces dijo algo acaso tan sorprendente como aquello que ya había dicho, pero quizá más extraviado, urdido por un trastorno, por una falta de quicio que anclaba (no en la tumultuosa historia de Alemania) sino en algún socavón inalcanzable de su conciencia, un socavón en el que sólo la locura podía ha-

bitar. «¿Sabes a quién sigue viendo?», preguntó. «¿Sabes a quién condena a la humillación de fornicar en estaciones ferroviarias abyectas? A la judía, querido amigo. A nuestra Hannah. Y ella, prostituyéndose, acepta. Se la derivó a Jaspers. Pero, con repugnante frecuencia, clandestina, indignamente, la somete en algún apeadero entre Marburgo y Heidelberg. Se lo comenté a Rohm. Me dijo: “Decida usted. Esa relación enturbia nuestros planes. Hay que impedirlo. Piense algo y dígamelo. Lo que sea, lo haremos”». Rainer sonrió íntimamente. Le gustaba narrarme estas opacidades. Le gustaba exhibirse ante mí como un mago de la historia, un hacedor de destinos. Todo estaba en sus manos. Rohm y la profundización del movimiento nazi. Heidegger y el alma metafísica de Alemania. Y, sobre todo, Hannah, la judía, la impura, la mujer que, con un amor imposible y rencoroso, amaba. Le pregunté qué pensaba hacer. Lo único posible, dijo. Aniquilar a la judía. Rescatar a Heidegger. «En suma, querido amigo». Pidió otra cerveza. «Lo de siempre». Había anochecido. El humo de su pipa se perdía entre las sombras, pero cuando lo expelía con fuerza, hacia lo alto, parecía buscar las estrellas. «Salvar a Alemania».

Visité a Hannah en su buhardilla. Leía un reciente trabajo de Heidegger sobre el que omitió comentario alguno. Siempre me cautivaron (soy consciente de este verbo, cautivar y de sus caprichosas, complejas sinonimias, dotadas para señalar la obviedad, por ejemplo: *seducir*, pero también para deslizarse hacia significados temibles: esclavizar, encadenar, apresar; presumo que era éste el sentido en que Hannah cautivaba o seducía, dado que caer en esas redes que ella desplegaba imperceptiblemente, con inocencia o sin deseo de dañar a nadie, era esclavizarse, ser apesado, ser una presa en sus manos, ¿habría seducido así al Maestro?) sus ojos tajantes y oscuros, su frente, la brillantez de su palabra, su precisión. Supongo que todo eso era su belleza. También sus variados,